

como nuestro amigo Luis) y *sordas* en el jaro de Arana, casi á las puertas de la villa.

Entonces se podía vivir aquí. Pero ahora ¿quién caza ya, si con vuestros endiablados inventos y urbanizaciones y cruzar de caminos y hervir de gente todo el monte es orégano, quiero decir, todo el campo es villa y los pobres animales silvestres no tienen donde esconderse y vivir, y no se encuentra una perdiz, una chocha, ni siquiera un *chimbo* para un remedio?— Tendrán que fabricarnos caza á máquina, como se hacen ya esas bolitas de cristal que sirven de volatería fingida para cazadores en tiempo de veda.—Y de lo contrario, antes de mucho, los bilbaínos aficionados á la cinegética nos veremos reducidos— ¡oh vergüenza! —á imitar lo que cuenta Daudet que hacían el gran *Tartarin* y sus compañeros de Tarascón, cuando volvían á casa *bolos* (así llaman en el Pardo á los que vuelven sín pluma ni pelo en el morral): tirar al aire la boina ó el sombrero y ¡fuego! Es decir, convertirnos en *cazadores de gorras*.

Bonito porvenir. Me entenebrece el explendoroso que tú auguras á la vil'a. /s

¿Con qué nos consolaremos los que no somos aficionados á las corridas de toros? ¿Con los par-

tidos de pelota ahora tan en boga? Los que fuimos aprendices de *pelotari* en el frontón de Oyarzun, todavía gustamos de ese gallardo ejercicio, pero, amigo, los huesos se nos han puesto duros. Es verdad que hay otro medio de tomar parte en *el juego...*: las apuestas, si es que no se prefiere para eso las carreras de caballos, otro *sport de great attraction* para la gente elegante (de esto precisa hablar en inglés, ya lo sabes); pero que ofrece poco incentivo á los que no tenemos *cuadra*, ni *mail-coach* que lucir, ni cuadriga que guiar por esos muelles gloriosamente, *four-in-hand!*

A cosas nuevas, hombres nuevos. Los que llevamos más que mediada la vida seguimos caminando como de mala gana, mirando hacia atrás... Para andar lo que falta de viaje nos basta *la escondida senda*, que prefería fray Luis de León,—si es que alguna nos dejan entre *boulevares* y grandes vias; una casita modesta donde descansar (*á chico pajarillo chico nidillo*); porque á más casa, más cuidados; y singularmente, un poco de aquella jovialidad de los bilbainos clásicos, curioso ejemplo de vividores estóicos, para quienes no se había perdido todo cuando, al menos, les quedaba el buen humor.

Cabal te lo desea tu amigo

Silvestre.»

Análogos sentimientos y apreciaciones oí manifestar á una señora bilbaina contemporánea y amiga mía, cierta vez que hablamos frente á San Nicolás de estas cosas, al salir ella de oír misa de once y media, fiel á la piadosa costumbre de toda su vida.

—Con que á usted —me decía, después de escuchar mis admiraciones del progreso y prosperidad de la villa— le parece muy bien el Bilbao de ahora?

—Sí, señora, muy bien.

—¿Y no le gustaba á usted más el Bilbao de antes, *el nuestro*?

—Distingamos. Me gustaba más tener treinta años menos. Pero si me los quitaran de encima, esto me parecería delicioso.

—Eso no es contestar á derechas. Mire usted el Arenal. ¿No valía más el antiguo, con aquellos árboles tan hermosos?

—Como arboleda, valía más, concedido. Pero vaya, que los vapores que atracan al muelle, los coches de los tranvías que van y vienen, le dan una animación...

—Y un ruido!

—Sin contar con lo que adornan la fachada del Teatro Nuevo y el remozamiento de la iglesia de San Nicolás, que no quiere ser menos y retunde la suya.

—Pues ahí verá usted, á mi me gustaba más con la ennegrecida y viejecita de antes. Los viejos restaurados más pierden que ganan. Eso va en gustos. El teatro... sí, es gran edificio, muy historiado, muy alto... No hay miedo de que los *aguaduchos* lleguen á las butacas. Pero, vamos, que el otro, feo y todo como era, no le parecía á usted mal en aquellos tiempos en que le hacía coplas.

—También eso es verdad.

—Entonces aquí todos nos conocíamos. Bilbao era como una gran familia. ¡Cuántas muchachas bonitas y señoritas elegantes!

—Las recuerdo perfectamente. También ahora las hay. Solo que entre más gente se ven menos.

—No diga usted que no estaba el teatro precioso aquellas noches de ópera, cuando la pugna entre *demontelistas* y *chiaramontistas*...

—Sí. Poco después del convenio de Vergara...

—Qué Vergara!... No se burle usted de sus

propias canas. Me parece que fué ayer. Así como aquellos paseos de los domingos al salir de misa de doce: qué señorío, qué lujo, qué reunión tan escogida y tan vistosa; algo solemne...

—Vaya si era solemne.—Con su ir y venir ceremonioso parecía un rigodón de honor. El terror de los muchachos cortos de genio, que nos apiñábamos en las sillas, envidiando la intrepidez de los que *acompañaban* á las damas.

—Y el paseo de ahora ¿lo ha visto usted?

—Sí, el domingo, muy concurrido, muy alegre, había música y bailaban muchas niñas junto al kiosko.

—Concurrencia no falta.—Pero ¿vió usted mucha gente conocida?

—En los nidos de antaño no hay pájaros hogaños. Nuestros conocidos se van yendo.—Los niños se han hecho hombres y ya no los conocemos.

—No es eso. Es que ha venido mucha gente de fuera; apenas quedan bilbainos; ya lo sabe usted: *de fuera penará...* Además, las clases se mezclan, los obreros se codean con los señores; el pueblo lo invade todo.—Cualquier reunión de gente un poco numerosa parece ahora fiesta popular.

—Así resultan más animadas.

—Pero no tan bonitas como las antiguas. La

distinción—ello lo dice—no se puede generalizar, como eso de los votos electorales.

—Siempre venimos á parar en lo mismo: que era mejor *la música de nuestro tiempo*. Y mire usted: empiezo á dudar.—No hace mucho que teníamos por incomprensible y extravagante cierta música nueva que, en son de burla, se apellidó *del porvenir*, diciendo que para gustar de ella precisaba tener *doble vida*, como *doble vista* se requiere para adivinar lo futuro. Pues, amiga mía, lo porvenir ha venido tan de prisa, que se ha realizado ya é impera en lo presente; como que á la hora de esta hay bilbainos que han peregrinado á Baviera para oír devotamente en su propio teatro—iba á decir en *su templo*—la música de Wagner.

Pregunte usted á la gente moza del día y le dirán que en el vivir actual perciben ellos armonías deleitosas en las que á nosotros se nos antojan disonancias.

—Ellos dirán lo que quieran. Yo juzgo por lo que veo y conozco. Que á los bilbainos les guste viajar y divertirse, no es cosa nueva, y está muy puesto en razón que gasten alegremente el dinero que honradamente ganan. Lo malo es que nos hacen gastar á todos, aunque no tengamos fábricas, minas, ó cosa que lo valga.—Porque

usted, forastero, no sabe lo que cuesta aquí el vivir.—Si fuera ama de casa, como yo, no se entusiasmaría tanto con nuestro adelanto.—La *plaza* está por las nubes, las casas cuestan un sentido; y luego, qué remedio, hay que ponerlas y alhajarlas como los demás, aunque no se llegue al lujo de los ricachones.—Ya no sabemos vivir sin cierto... ¿Cómo lo llaman los ingleses?

/m

—*Comfort.*

/m

—Eso es; cierto *comfort*.—¿Qué cree usted, que aquí se vive todavía como en tiempo de sus padres, en habitaciones de largo *carrejo entre la sala de delante y la de atrás*, con el estrado de sofá y dos butacas simétricas al canto; sobre una consola, entre los dos balcones el inevitable espejo, candeleros de plata, que nunca se encendían y por adorno, debajo, el juego de café? Todo aquel venerable mueblaje se desterró por anticuado y cursi; vivimos á la moderna—ya lo habrá usted visto:—habitaciones distribuidas y decoradas con mejor gusto, grandes ventanas y miradores, cortinones por todas partes, cuadros y platos artísticos en las paredes (cubiertas algunas, no de papel, sino de telas ricas), arcas viejas con hierros labrados, bargueños, mesas antiguas, cornucopias... ¿Qué sé yo?... No ha quedado un

trasto viejo que no se haya traído de los caseríos y desvanes de las tres provincias para satisfacer la moda, que no se contenta con los de Londres y París. ¡Pues y los comedores! Aparadores, mesas, lámparas, sillas, todo artístico y adecuado; loza chinesca, cristalería finísima, mantelería primorosamente bordada, servicios de plata espléndidos... Nada, que por embellecer el refectorio y extremar modos de comer exquisitos, puede haber quien se quede sin tener qué comer.

—No será para tanto. A mí no me parece mal que se sacrifique algo, y aun algos, á la fantasía. Un poco de arte transforma y ennoblecen las humildes necesidades del hombre. Es como sal de la vida, que da gracia y sabor al vivir.

—Lo que importa es vivir bien, como Dios manda. Y creo que en esto hemos perdido, con tanto prosperar y tanto afán de goces, que se me antoja sospechoso de herejía.

—Quéjese usted, y en estos últimos años han brotado aquí más conventos que setas.

—Habrá conventos; pero no mejores costumbres. Se da cada timo y cada puñalada que canta el credo. Vaya usted ahora á las casas de campo de los alrededores y vuelva de noche,

como íbamos y volvíamos en otro tiempo con toda seguridad; y me dirá lo que es bueno.

—Claro es que las costumbres patriarcales—si alguna vez existieron, que también acerca de esto hay sus dudas—no han prosperado jamás en las ciudades populosas antiguas y modernas. Pero guardémonos de exagerar el mal. La verdad es que con los años nos hacemos cobardes y los dedos se nos figuran huéspedes. En suma: ¿no cree usted que la causa de algunas mudanzas que nos asombran y disgustan pudiera estar en nosotros mismos?

Tentado estuve de añadir, para resumir y precisar mi pensamiento, lo que Moratin puso en boca en uno de sus personajes:

Señor Don Roque de Urrutia,
en la edad está el misterio.

Pero esta explicación podía no agradar á mi contemporánea, y cambiamos de conversación.

De la cual, así como de la carta de mi amigo Silvestre,

“*Vieil enfant étonné d'avoir des cheveux gris*” (que escribía Coppée), lo que yo saco en conclusión es que tanto él como ella lo que echan de menos en el Bilbao de hoy, lo que celebran en el de ayer en su propia juventud.



IV.

COPIO de los apuntes de un viajero los siguientes párrafos, perfiles y bosquejos esbozados bajo la impresión directa del natural.

—
Julio (sin fecha.)—Entretenimiento agrí dulce de callejear por una población donde hemos vivido, pero no visitada hace tiempo, y que en los últimos años se ha renovado y extendido mucho. Es como vagar á través de la multitud: entre tantas caras nuevas ¡con qué gusto se descubre alguna que otra conocida!

Las cosas de nuestro tiempo parece que guardan algo de nuestra vida. A medida que desaparecen, con ellas vamos muriendo poco á poco. Las que subsisten demuestran la realidad

de algunos recuerdos y que no todo lo hemos soñado.

He visto muchas casas nuevas, de fachadas muy adornaditas, con grandes miradores... Construcción esmerada, arquitectura artística ó que quiere serlo.—Pero todo eso me deja frío.—Como á los bilbainos rancios, figúraseme que nada puede superar en riqueza á la antigua *casa de Jaspe*; y he mirado con veneración aquel vetusto edificio de la calle del Correo, que aún ostenta las pinturas decorativas de su fachada del siglo XVIII, que, de niño, se me antojaba un prodigo de arte. Pero de esto queda poco.—He buscado en vano algunos caserones viejos.—Los han derribado y sustituido con flamantes construcciones lujosas.—Se ve que sobra dinero y que no duele gastarlo. La villa está por lo nuevo. Lo viejo tiene que desaparecer. Amigo, haber nacido más tarde.

Con ser ya veteranas, aún hacen buena figura las casas de la calle de la Estufa; orgullo de los bilbainos de 1830, que en pleno esplendor del *Palacio Real* de Paris, reservando su admiración, preguntaban á D. Cirilo Nenin, aquel cultísimo parisiense de afición, que solía guiar y servir de *cicerone* en la gran ciudad á sus amigos

vascongados: *D. Síriko ¿ha visto usted las casas nuevas del Arenal?*

Que dirían aquellos entusiastas de la *tacita de plata*, si vieran ahora las casas de la *Gran Vía*! Tendrían que llevar la comparación al *Prater* de Viena, á la avenida *Unter den Linden* de Berlín.

La Plaza Nueva, aunque ya no lo es, presenta una novedad. Hay que visitar allí á D. Diego López de Haro, el fundador de la villa, como quien dice el amo de casa, á quien han levantado una estatua. Hermoso bulto, obra notable del escultor Benlliure. Con razón me decía, juzgando al vocablo con el color del bronce, un festivo devoto del arte y del retruécano:

—«No deje usted de ver á *ese viejo verde*.»

Ya no se respeta nada. Funde usted villas, encarámese á un pedestal de gloria, para que luego vengan los guasones con bromitas y cantáletas. *Omnia vanitas*.

Si yo escribiera la guía de forasteros en Bilbao (y ya va haciendo falta), pondría esta advertencia. No salgan ustedes de la Plaza Nueva sin dar un vistazo á otra obra, vamos al decir, de arte, á un cuadro expuesto al público: la muestra y rótulo del *Café Suizo*—tan acreditado como antiguo, puesto que data de principios de

este siglo;—curiosa composición, con marcado carácter de su tiempo, donde, entre botellas, sorbetes y otros primores de repostería, dos mozos de café contemporáneos del célebre *Pipí* de *La Comedia nueva de Moratín*, apuestos mozos, vestidos de calzón corto, sirven de tenantes á tan pintorescos blasones.

Al pasar, saludo al Instituto, como corresponde á un estudiante que estrenó sus aulas recién construidas. Ahora aparece desierto, silencioso: estamos en vacaciones. Pero la memoria puebla aquellas escalinatas con la turba escolar de mediados de siglo. Qué desgarbada figura hacía, cuando por estrafalaria reglamentación nos obligaron á ir á clase de negro y con chistera; con lo cual parecíamos los chicos tan enlutados y tristes, que nos llamaban *los viudos*.

En mi peregrinación vagabunda, sigo por la calle de la Ronda, tan lóbrega, tan melancólica... Pero qué agradable sorpresa! La hallo iluminada, no por un rayo de sol, por un rayo de gloria.— Lápida de mármol, clavada sobre una puerta, dice que en aquella casa nació el maestro compositor Juan Crisóstomo de Arriaga. Nació en los albores de este siglo. Murió en París muy joven; pero su fama vive y se acrecienta. La

obscura calle ostenta, con razón, como título de nobleza el haber sido cuna en que tomó cuerpo aquel divino destello del arte musical. Pero lo singular es que parecía haberlo olvidado. Por lo menos, nadie se acordaba del ilustre convecino hasta hace poco, que ha resucitado para la celebridad. ¡Nacer un gran compositor en la Ronda!... Pero bien mirado, no tiene tanto de particular. Por huir de aquel limbo sombrío, Arriaga se remontó al luminoso cielo de sus armonías.

Heme asomado al barrio de Achuri. Allí se está el Santo Hospital, tan santo, tan serio, tan benéfico: ese no ha variado. Pero álzase enfrente de él un risueño edificio destinado á escuelas públicas; y un poco más allá la estación del ferrocarril Central. Es decir, dos orígenes de adelanto: la vía más recta para Francia, para Europa; y el camino derecho hacia lo porvenir. Lo que antes parecía suburbio de lugarón castellano se ha modernizado de veras.

Bilbao la vieja —*la mas vieja*—hame parecido rejuvenecida. Sin duda para disimular la edad ha derribado la que decían primitiva Casa Consistorial, con aquel Santiago ecuestre, Santiago matando moros, venerable como representación; como escultura muy chabacano.

Recorro el barrio de San Francisco. ¡Qué variado está! En los alrededores del cuartel hace años construido donde existió el convento, los patios y cobertizos de establecimientos industriales hanse convertido en manzanas de casas; la antigua carretera en larga calle; en plaza regular lo que fué cantera abierta á hierro y fuego lejos de poblado, en campos extramuros; también aquí han llegado los relojes eléctricos, las nuevas fuentes, las escuelas públicas; más allá se construye una iglesia. Todos los progresos se ayudan mutuamente, los materiales y los morales.—Dase de beber al sediento; se enseña al que no sabe. No podía ser menos. Aquí estamos ya en pleno ensanche, en la villa nueva.

A varias de las calles recién abiertas las han bautizado con nombres de personas más ó menos célebres, muy conocidas sin duda de los eruditos noticiosos de la historia local, pero no tanto de la generalidad del vecindario, que, algunos de ellos, por primera vez los ha leido en los letreros de las esquinas.—Para ser populares tienen varios de éstos otro inconveniente; el ser muy largos por estar formados de apellidos dobles. Los mejores nombres de calles—como los de perros de caza—los más breves. Los ses-

quipedales embarazan tanto, que en el uso vulgar y corriente hasta los nombres propios se recortan.—De Bonifacio y Saturnino, por ejemplo, en la Montaña hacen *Facio* y *Nino*, y en Bilbao mismo *Satur* y *Boni*.—En puridad, que se realiza lo del cuento de aquel gallego *que apenas se llamaba Pedro*.—Así de igual modo, *Calle de la Estación*, pongo por caso, es nombre sonoro, breve, fácil de pronunciar; sustituido por el de *Calle de Hurtado de Amézaga*, casi un traba-lengua.—Aparte de que, con estas larguras, el nombre del personaje se expone á amputaciones irrespetuosas. Está muy bien que se llame una calle de *López de Haro*; *à tout seigneur tout honneur*.—Pero ya estoy viendo que, por abreviar, han de llamarla unos «de Haro» y otros quizá «de López» á secas. ¡Qué degenerar! Eso no tiene remedio.—Lo que hace falta es que se publique un diccionario de las calles de la villa, que explique sus nombres y diga quiénes eran esos señores tan conocidos, que muchos no conocen.

Pero basta de callejear por hoy. Como uno de sus entretenimientos está en pararse delante de los escaparates de las tiendas, he visto muchas y algunas muy buenas, sobre todo joyerías. ¡Qué profusión de brillantes y de perlas! Me figuro

boquiabierto de asombro al buen Scala, el platero elegante de otros tiempos, si pudiera ver estas de ahora, resplandecientes con los blancos destellos de la luz eléctrica.

Y no son pocas... En las calles principales, casi tantas como boticas. ¿Será el lujo una enfermedad que vale por todas las demás?

Domingo, por la mañana.—¡Cómo madrugar los disantos las campanas de esta villa!... Para el pícaro que duerma... En cuanto amanece Dios, vibran torres y espadañas, esparciendo repiques, ya graves, ya chillones de campanas parroquiales y de cimbalillos monásticos, granízase de campanadas todo el aire, métense por los oídos, taladran el cerebro, espantan el sueño. No hay pereza que valga.—De grado ó por fuerza, precisa seguir el ejemplo de la diligencia ó de la piedad bilbainas y levantarse temprano.

También madrugarán los vendedores de periódicos. ¡*La República!*! oigo pregonar con voz penetrante. ¡Pero si este anuncio es un grito subversivo!... Imprudente vendedor, le van á llevar á la cárcel... Pues nada de eso. El vocea, los transeúntes oyen, alguno compra y todo sigue en paz sin que intervenga la autoridad ni se santigüen de susto las devotas que van á misa.

Soy yo el que atraso. Siempre me creo en el Bilbao de hace un cuarto de siglo. Y desde entonces acá, desde el *Irurac-bat* y el *Euscalduna* (no se si debería escribirlo con k...) el tiempo y la política y los periódicos han caminado mucho.

Oigo otro grito: *¡La Lucha de Clases!*... Esta es más gorda. ¿Ya hemos llegado ahí? El socialismo se encrespa y amenaza. ¡Pobres de los burgueses! Es para poner los pelos de punta. Desde que el mundo es mundo, todos luchan por vivir. Enterado de que los peces gordos se comen á la morralla, no hay pececillo que no quiera engordar. Pero la pugna se va encolerizando y la batalla se anuncia á son de trompa. *Tuba signum dedit.* ¿Estamos seguros? La verdad es que, por ahora no se advierten indicios de próximo combate. El medroso anuncio estalla en el sereno ambiente dominical como inofensivo cohete que sube silbando por los aires, da su traque y se resuelve en un poco de humo y la varilla que cae al suelo.

No hay que fiarse, sin embargo. Un cohete desviado puede saltar un ojo, se dan casos, á quien menos lo teme, y si se mete chisporroteando en un polvorín, ¡cataplúm! volamos todos.

Hoy no hay señales de explosión y las clases

parecen vivir en buena armonía. Los obreros, vestidos de fiesta, limpios y reposados, forman grupos ó discurren tranquilamente por plazas y calles, desembarazadas del ordinario trajín de los días de labor. Luciendo sus sayas de vivos colores y el garbo de su andar, que no entorpece el cesto de *vendeja* sustentado á la cabeza, acuden las aldeanas á la plaza del mercado, que se va poblando rápidamente; y á las escalerillas del muelle acude tal cual lancha santurzana, en cuyo fondo brilla la plateada sardina, como brilla la satisfacción del trabajo y de la legítima ganancia en los rostros de sus tripulantes.

Cubre el fresco las mesas de mármol de la bien aereada pescadería; amontónase en otro espacioso pabellón el rubio pan recién cocido, que con su vaho apetitoso está diciendo «comedme»; y los puestos de verdura, hortalizas y frutas del mercado al aire libre forman como un jardín gastronómico donde discurren, se agrupan, se separan y en todas direcciones pululan cocineras que van á la compra, con la cesta al brazo, golosos y golosas que husmean lo que se presenta de bueno, desocupados, curiosos y marchantes de varia condición y catadura.

Avanza la mañana.

Un episodio varía la escena. Suenan á distancia alegres écos de corneta y música militar. Es el batallón que va á misa. La gente, con el interés que en España nos inspiran los soldados, se acerca para verlos pasar. Ya cruzan el puente de la Merced. Relampaguean al sol las limpias armas; muévense á compás los pantalones rojos; ondulan los roses sobre la ordenada columna que se adelanta marcialmente: ahí llegan. Numerosa banda de granujas entusiastas precede á la de gastadores. Y en verdad, de tal modo electriza y arrastra esa música, era tan animado aquel paso doble, al que ajustaban el suyo gallardamente los soldados, que á punto he estado de romper la marcha, braceando como los chicos, á la cabeza del batallón.

A ese gozoso arranque contribuía indudablemente una causa moral. La última vez que presencié en esta villa desfilar de tropas fué en tiempo de la guerra; bético aparato que recordaba recientemente combates, lágrimas y sangre... Cuán diferente el de hoy!

En plena paz, estos soldados jóvenes, de limpios uniformes, no iban á combatir ni á matar á nadie, iban á misa, al son de regocijada música, bajo el riente sol de la mañana, por entre

la multitud que los miraba con simpatía, aunque de ella—feliz olvido de pasadas discordias—formaran parte algunos de sus antiguos adversarios.

Precisamente hoy, cerca de mi se ha parado, para verlos pasar, un aldeano de fisonomía enérgica, de cuerpo enjuto y fuerte, aunque ya no era mozo, vestido á la usanza del país y cubierto con la boina tradicional, el pelo corto y entrecano. Animósele el semblante al oír las marciales cornetas; sus ojos sonreían con expresión benévolas fijándose en la tropa. Y yo, pensando que este hombre habría sido voluntario carlista, decía mentalmente:

—¿No es cierto, veterano, que vale más la amistad que el odio y vivir en paz que andar á tiros? Vamos, que después de haber peleado como valientes, es cosa hermosa darse la mano de amigos, lealmente, sin rencor, y gozar de las dulzuras de la concordia, de la seguridad del trabajo y sus honrados frutos, y de esta alegría de la vida que por el plácido ambiente se esparce y nos envuelve y conforta á todos, blancos, negros y rojos, con la luz del sol, con los gozosos acordes de la música y el peculiar regocijo que inspira el ocio de las mañanas domingueras.

Pasa la tropa, aléjase el armonioso trompe-

tear y el espacio que deja vacío la militar corriente lo llena el reflujo de transeúntes que por la plaza bullen.

Andando sin objeto, distraído por el espectáculo del mercado que, con su confusión de colores, de líneas y de ruidos, se mete por los ojos y las orejas, he llegado frente á la Casa de Ayuntamiento.

Parece cortesía muy puesta en razón que un forastero la salute respetuosamente como si saludara á la villa misma. Con que saludémosla. Pero mezclando al respeto el cariño que es natural en quien la ha conocido desde niño.

Ahí está, vetusta, deslucida, escasa de belleza arquitectónica, con su aspecto de caserón de mayorazgo, grande y destortalado, pero no desprovista de cierta gravedad y prestigio respetables, que le han dado los años, las memorias, los achaques y hasta el anuncio de su próximo fin. Símbolo de la alianza del Municipio con la Iglesia, arrimada á la de San Antón, como si se apoyara en su propio escudo de armas entre dos centros populares, la plaza del Mercado y la de los Santos Juanes, abre al pueblo su pórtico de sólida arquería que con los toscos peldaños de su ancha escalera, la antigua puerta en el

muro frontero y las verjas robustas que en caso necesario podían cerrar el paso á bullicios y desmanes, muestran todavía cierta rudeza de edad media. Uno como patio interior, circundado de galerías altas, donde dicen que en otro tiempo se representaban comedias y autos sacramentales, más de una vez excitó la curiosidad de los muchachos que no comprendíamos cómo podían haberse estilado teatros tan diferentes de los de hoy, y poblábamos éste con imaginaciones confusas de tiempos pasados, representaciones, usos y costumbres y trajes fantaseados á capricho, pero que daban por lo mismo á aquel mal comprendido escenario el interés de todo lo que es antiguo y enigmático. La casa consistorial era hospitalaria y generosa. No solo hospedó en su planta baja al Pósito y en su centro un teatro ó *corral*,—si teatro era,—sino que, reservando para el Concejo de la villa únicamente los salones del piso principal, cedió los del segundo á la antigua, honrada y popular corporación del Consulado, que ha vivido hasta nuestros días y vive aún en los recuerdos de lo mucho que hizo en pro del comercio bilbaino, del mejoramiento de la ría y del puerto, y también de la enseñanza popular.

Vieja y caduca está la antigua Casa de la Villa, pero llena de memorias, que la ennoblecen á los ojos del que la contempla. ¡Qué anécdotas tan curiosas contaría aquella sala capitular si pudiera referirlas! Sosegadas juntas de justicias y regidores de la villa; escenas borrascosas de tumulto popular; episodios de guerra; larga serie de alcaldes y ediles beneméritos que se desvelaron por el bienestar y prosperidad de sus convecinos... El curioso que registrara su archivo, sus actas, sus anales, podría componer interesante extracto de las memorias de la villa. Empresa tentadora, digna de mover la p'uma de algún literato bilbaíno, aficionado á patrias antigüedades y recuerdos históricos.

Los míos, al contemplar la vetusta fachada, han sido más modestos y personales, como recuerdos infantiles. Los descoloridos damascos carmesíes que engalanan el largo balcón y cuyo tono de color es tan grato á la vista, los dorados blasones que resplandecen en lo alto han excitado en mi mente reminiscencias de otros tiempos: de aquellas tardes de domingo en que me llevaban á ver desde aquellos mismos balcones, correr novillos en la Plaza Vieja. Y los he visto poblados de gente convidada, y asomarse á

la barandilla á Labarga, el clarinero municipal, de casaca roja y sombrero de tres picos, y soplando con inflados robicundos mofletes en la brillante trompeta, dar la señal. He oido

de su clarín agudo el limpio acento
y el clamor y silbidos de los aficionados que saludaban la salida á plaza del enmaromado torete, y el paso de ataque, que, con acompañamiento de gozosos pitidos y flauteos ágiles redoblaba en su tamboril *Chistu*, el gran *Chistu*, el mejor tamborilero de Vizcaya, alto, buen mozo, de ojos maliciosos y alegres como su condición, bien afeitado, el rostro saludable, y no menos rojo de casacón y apuntado de sombrero que su colega el del clarín.

Vano ensueño... El tamborilear real y verdadero de un sucesor de *Chistu* ha disipado la visión; en la penumbra de lo pasado se han desvanecido los hombres y las cosas de antaño y hasta la misma casa de la villa presentábase me decaida y mustia, como si fuera á borrarse y desaparecer también, ante el brillo del flamante palacio municipal que se alza orgulloso en el sitio que ennobleció la trágica ruina del convento de San Agustín, donde ofrece más lujosa morada al Consistorio.

Que realice allí prósperos destinos.



V.

CNA de las manifestaciones más características de la transformación que se está operando en la vida moral y material de la villa de Bilbao, señal de tiempos nuevos, indicio del fecundo desarrollo que han tenido convicciones y sentimientos de anteriores épocas, es la casa que se ha construído la sociedad denominada *El Sitio*.

Hermosa casa, trazada y dirigida por hábil arquitecto, en una de las mejores calles de la villa antigua, con el buen gusto y el esmero demostrado no sólo en los elementos estéticos del edificio—su fachada, la espaciosa escalera, de bellísimo efecto, y el gran salón, de vastas proporciones, ricamente decorado,—sino también en la buena disposición y desahogo de las

salas-biblioteca, gabinete de lectura, sala de conversación, billares, etc.—y en el acierto con que están estudiados pormenores importantes relativos á ventilación y calefaeción y á todos los demás servicios indispensables en el domicilio de una sociedad de esta índole, establecida con el agrado, la comodidad, los adelantos propios de la cultura moderna, desde el despacho de la Junta directiva, y sin olvidar las oficinas, no por más humildes menos interesantes, donde se prepara y se distribuye el café, hasta los bien aprovechados sótanos.

Ciertamente que el buen orden, el esmero y hasta el lujo en la instalación de círculos de recreo, como éste de que voy tratando, no puede coger de nuevo ni sorprender en una villa que de antiguo cuenta con la *Sociedad Bilbaina*, recientemente agrandada y mejorada; y ha visto establecerse retozón y pujante al *Club Náutico* con todos los refinamientos y primores propios de una juventud que quiere y sabe vivir á la moderna; y puede añadir á la lista la *Euskalerría* y otras sociedades.

Pero ésto de *El Sitio* ofrece dos circunstancias especiales que llaman particularmente la atención; el haberse construído casa propia, real-

mente un palacio, en que vivir; y el espíritu que presidió á su formación y que no puede menos de animarla.

Que la casa haya resultado tan adecuada y tan buena, no debe en verdad extrañar á nadie. Eran los socios gente de recursos, de tanto crédito como ilustración; estaban acostumbrados á emplearlos con acierto; pusieron la dirección de la obra en buenas manos, y además, como llegaban los últimos, pudieron aprovechar los adelantos recientes para dotar á su casino de las mejoras ya acreditadas en otros clubs.

Ser joven y llegar á tiempo son condiciones eficaces de buen éxito. Los seres morales, como las plantas, se acomodan al ambiente en que nacen y se asimilan más fácilmente los elementos del suelo en que han germinado. Cada cual vive con su época. Con ella pasan las formas que le son propias y otras formas nuevas aparecen con la época que le sucede. Verán ustedes—los que lleguen allá,—qué casinos hay en Bilbao el siglo que viene.

Al comenzar el presente existían en la villa unos rudimentarios gérmenes de los círculos que vinieron después. Llamábanse *cuarteleles* y, según noticias que oí referir á ancianos que los

alcanzaron, eran unas casas en que los señores se reunían á hablar y... á comer. Es decir que su especialidad era la conversación *inter pocula*; conversación de sobre mesa entre amigos. De modo que su *biblioteca* estaba realmente en la bodega; periódicos no podía haber muchos, porque entonces no los había en España, ni aquellos varones se ocupaban de política tanto como nosotros; y de las artes la que con ^{la preferencia} *frecuencia* cultivaban era el arte culinaria. Con tal éxito, que todavía habrá en la villa quien recuerde á cierta fondista de fama entre los aficionados á comer bien, la cual, como indicaba su nombre de Pepa *la cuartelera*, había en su juventud merecido el grado de doctora en una de aquellas academias gastronómicas.

Qué distancia recorrida, qué adelanto desde ellas hasta los casinos modernos! Y cuando aparte del mejoramiento y desarrollo que éstos han conseguido, tuvieron origen, como sucede á *El Sitio*, en un sentimiento de compañerismo, animado por el espíritu liberal que predomina en la villa, merece tenerse en cuenta su peculiar significación.

¡Cuántas cosas alrededor de una taza de café! En tiempo de públicas perturbaciones y de gue-

rra civil es natural que el amigo busque al amigo, que dediquen un rato á platicar con el posible sosiego, para comunicarse las noticias que cada cual ha sabido, los comentarios que sugieren, traer á cuenta esperanzas y temores, afirmar sus propósitos, concertar su acción, y animarse mutuamente con el calor que pone en las palabras la voz amiga. Y en ninguna parte se hace mejor esto que en torno de una cafetera.

En una villa rica, comerciante, industriosa, como Bilbao, súbitamente amenazada por la guerra, quien quiera que toma á pechos, con las obligaciones particulares de familia sus deberes de buen convecino—si la palabra «ciudadano» parece demasiado resonante y ambiciosa—tiene al cabo del día mucho que hacer y no poco, ni muy agradable en que pensar. De modo que si hay un rincón tranquilo y retirado, donde sabe que le espera la sabrosa conversación de unos cuantos amigos que se reunen para olvidar durante media hora los afanes del momento y abrir el *cámino* á consoladoras ideas, saboreando una taza de café, allí acude gozoso en busca de un poco de distracción y de descanso. Y no en vano; porque es sabido que la amistad y el café obran maravillas. A su confortante influjo,

ánimo

todo parece mejor. El último combate ya no es de tan grave consecuencia como se creía, ni el avance del ejército tan difícil, ni la situación tan apurada, ni el porvenir tan negro. El que callaba misticio, recobra el buen humor habitual y cuenta cuentos ó gasta bromas con sus amigos; el hombre de chistosas ocurrencias, sabe decirlas como nunca, las anécdotas de *Auxiliares* dan materia á otro para hacer reir con la pintura, en cuatro rasgos, de tipos y costumbres de sus compañeros; aligerase el peso de la vida, dulce calor da actividad al cerebro y brota del corazón el entusiasmo por los ideales predilectos.

El grupo inicial de amigos fué creciendo con la agregación de otros muchos, quienes, estrechamente unidos por el común peligro y las necesidades de la defensa, durante el sitio y bombardeo ~~se unieron~~^{juntaron}, como quien dice, bajo el fuego del enemigo, haciéndose así al pie de la bandera liberal de la villa más íntima y entrañable la asociación del compañerismo; en la cual, los días menos borrascosos, fuéreronse introduciendo ciertos elementos artísticos, con la composición de cantares y sobre todo con el entusiasmo que despertaba la música de los himnos y zortzicos, que la gente moza gustaba de entonar á coros.

Cesó la guerra. No hay mal que cien años dure. Así como presta la distancia suaves matizes á las lejanías del paisaje, añadiendo el recuerdo mayor encanto á la confraternidad de los días de prueba, se pensó en continuarla á través de la paz, procurándole albergue y habitación dignos de ella y del pensamiento que le había dado vida.

Cómo se realizó esto lo puede ver quien visite la casa de *El Sitio* y advierta con qué cuidado se han puesto allí los medios más adecuados para realizar sus propósitos.

El tiempo había andado mucho en pocos años. La tradicional contienda habíase, por decirlo así, espiritualizado, transformándose las ideas y los partidos, entrando nuevos elementos, más complicados, más útiles, no por eso menos ardientes, en las antiguas luchas políticas que habían conmovido al país vascongado.

No se trataba de andar á tiros, ni de encerrarse en un círculo limitado de recuerdos, reduciendo la acción y las aspiraciones liberales al antagonismo contra los adversarios de la víspera. Los horizontes se habían agrandado; la contienda tomaba proporciones más altas, si menos violentas. La guerra había concluído; pero la

lucha continuaba. Arrinconado el fusil, ahora el libro, el periódico, el arte, la palabra, todos los elementos de cultura, eran las armas de buena ley que habían de utilizar los que desearon asociar sus esfuerzos para asegurar y completar en el seno de la paz el florecimiento de aquellas instituciones propias de los pueblos modernos, á cuya defensa habían contribuído durante la guerra.

Así lo comprendieron los asociados de *El Sitio* y en su nueva casa se propusieron desde luego con especial empeño ir formando una biblioteca selecta; cubrieron de periódicos las mesas de un gabinete de lectura, y brindaron espléndida hospitalidad á la poesía y á la música en el espacioso y bello salón, donde alternan, en cultísimas veladas, conciertos y lecturas. Devoción al arte, que recrea y eleva el ánimo, sirve de estímulo y recompensa á los progresos de la educación popular, hermosea y ennoblece las empresas de la inteligencia y del trabajo.

Que esto es dar excesiva importancia á la vida terrenal del hombre, dirán los que ponen su ideal por encima, ó mejor dicho, por fuera de ella; espíritus enamorados de lo absoluto, para quienes el mundo no es más que un valle de lá-

grimas y el vivir triste peregrinar, y de los que imitando una frase de Chanteaubriand, podria decirse que son como viajeros nocturnos á cuyos ojos se oculta la tierra y que solo descubren sobre sus cabezas el cielo tachonado de estrellas.

Precisamente ahora mas que nunca se ha extremado y hecho patente en la villa la oposición entre las dos tendencias, positiva y cenobítica; pues por contraste singular, al mismo tiempo que Bilbao en estos últimos años ha crecido en actividad, en riqueza, en espíritu de empresa, en adelantos materiales, en torno de ella han ido edificando sus casas numerosas comunidades religiosas, que profesan la pobreza, la abominación de la materia, el desprecio del mundo, la anulación de todos los fines humanos ante el fin supremo: la vida eterna.

Y como todos los hombres tienden á propagar sus convicciones y á procurar que los demás sean como ellos son, la influencia conventual necesariamente tiene que contender con el espíritu que impulsa á los que, aparte de sus creencias y opiniones acerca de las cosas de tejas arriba, consideran que la vida humana, aunque efímera y tansitoria, tiene nobles fines que cumplir y que el hombre puede cumplirlos dignamente

constituyendo una familia, trabajando, al mismo tiempo que para procurar bienestar á los suyos, para arrancar á la naturaleza nuevas fuerzas y acumular al caudal común aumentos con que contribuir á la difusión de la cultura y mejorar la condición de todos. Empeño nobilísimo, más que nunca hoy en que las clases proletarias, inquietas, ansiosas, no satisfechas ya con las esperanzas y los consuelos religiosos, piden mayor participación en el banquete de la vida, y requiere que los hombres de buena voluntad, haciéndose cargo serenamente de la realidad amenazadora aúnen sus esfuerzos, su ilustración, todos sus medios, para preparar soluciones prácticas, ó por lo menos atenuaciones posibles al temeroso problema social.

En la villa hay lugar para todos. Allá el convento, aquí el casino liberal. Contrapuestas las dos tendencias, frente á frente la asociación religiosa y la sociedad láica, que cada cual pueda seguir libre y seguramente su camino al amparo de la ley y merced á la mayor tolerancia que de día en día tiende á prevalecer en nuestras costumbres públicas.

El desengañado, el asceta, á la celda: ore y medite en paz. Nada más digno de respeto y

de simpatía que la abnegación verdadera, la religiosidad desinteresada, que no persigue fines extraños á sus aspiraciones nobilísimas, ni halla pretexto en su desprendimiento del mundo para meterse á gobernarlo; y al levantar los ojos al cielo no extiende las manos á la tierra... En cambio, el que acepta la vida humana con sus miserias, pero también con todas sus energías y excelencias, aplíquese al trabajo, al estudio, á domeñar la naturaleza, á realizar el derecho, á mejorar las condiciones sociales, á contribuir varonilmente, cada cual en su esfera, por modesta que sea, al mejor gobierno de su país, á su elevación moral y material. Y en esta empresa, al lado de otros centros activos, tienen función propia y eficaz influjo sociedades como *El Sitio*.

Lucha es la vida y acaso más empeñada que nunca la que hoy riñen las ideas. Pero si el antagonismo es patente respecto á soluciones concretas y fines relativamente secundarios, los contrastes se suavizan y pueden resolverse en una esfera superior.

Pensando en esto más de una vez y considerando los vivaces elementos que en Bilbao pugnan por alcanzar la supremacía en la región de

las influencias morales y políticas, al mismo tiempo que contemplaba sus reformas materiales y las nuevas construcciones, he creído ver como un símbolo expresivo en la gallarda aguja gótica, cuyo elegante chapitel termina ya airosamente la basílica de Santiago, embelleciendo el panorama de la villa.

Inspirada por la religión y por el arte, labrada por la ciencia y el trabajo, álzase en el espacio, dominándolo todo, el caserío urbano, el trájin de las calles, la fábrica y el taller, el claustro y la sala del casino... como se levanta sobre las imperfecciones de la realidad, las diferencias de doctrinas y el embate diario de las opiniones y los intereses contrapuestos, la aspiración que en horas de silencioso recogimiento surge del corazón humano, y de cuantos sienten y piensan elevadamente forma una gran familia espiritual, cuyos caracteres esenciales son la tendencia á lo alto, el amor á lo bello, la voluntad de realizar el bien.





VI.

Los que nos interesamos por los progresos de la villa y al mismo tiempo sentimos curiosidad de conocer los pormenores de su historia y las manifestaciones de su vida intelectual en cuanto hace relación á ciencias y letras, nos hemos recreado en la sabrosa lectura de las Memorias que en estos últimos años, desde que se encargó, al finar el de 1877, de la dirección de las obras de encauzamiento del río y mejora del puerto, ha venido publicando el ingeniero D. Evaristo de Churruca.

La importancia y magnitud de esas obras; los efectos beneficiosos que han producido ya y los que aún tienen que producir cuando se terminen, y su trascendencia en lo porvenir para toda la cuenca del Nervión; la multitud de pro-

blemas que suscitan y la claridad, el buen orden y detenido estudio con que el autor los expone y discute; los curiosos datos y antecedentes que aduce bastarían para hacer en sumo grado interesantes tan notables trabajos de literatura científica. Pero todavía aumenta su atractivo la tendencia que en las aspiraciones modernas revelan el acontencimiento y realización de tamañas empresas, ejemplo de ^{las} maravillas que obra el trabajo inteligente, empeñado en reformar el mundo material, poniendo al servicio del hombre las fuerzas naturales, trabajo inteligente, que cansado de frases y de disertaciones verbosas, ávido de acción, desdeñoso de ensueños y de quimeras, encaminase á sus fines prácticos, afirmando su excelencia en hechos, no en palabras.

Él tendió en memorable campaña el ferrocarril que cruza el gran continente de la América del Norte; ahondó el canal de Suez, abriendo á la navegación y la cultura europeas recta vía para el extremo Oriente; sumergió en los senos del Océano el cable eléctrico que enlaza el antiguo con el nuevo mundo; venció á los Alpes, no con el vinagre mítico de la leyenda de Aníbal, ni con el ímpetu guerrero de Bonaparte, sino con la infatigable constancia de barrenos y

picos que perforaron en la ingente cordillera el largo tunel, fácil camino de viajeros pacíficos. Él va cimentando actualmente en el fondo del Abra de Portugalete el colossal rompeolas que ha de formar y defender el gran puerto exterior de Bilbao.

Empresas de tanta monta y consecuencia, han ido modificando en estos tiempos, no solo el mundo material, sino el mundo moral, haciendo sentir los efectos directamente en las relaciones de los pueblos, por modo indirecto hasta en el concepto de la vida, la tendencia de los estudios y los nuevos rumbos que siguen las ideas.

Lo cual claramente pueden advertir y apreciar los que, al mediar el siglo, en el albor de sus años juveniles, experimentaron la influencia de las corrientes literarias que desde los centros más activos de Europa llegaron á nuestro país. Aquella juventud era en su mayor parte romántica; á pesar de que ya la revolución del año 1848 había esparcido desde París nuevos gérmenes e iniciado tendencias que iban á explorar otros caminos. Y como suele ser pecado de imitadores exagerar los efectos del modelo, resultó que, con ser altísimos poetas y escritores

eximios algunos de los más conocidos y admirados, leidos y releidos por los jóvenes de entonces, éstos fueron alambicando tanto el lirismo, y poniéndose tan desesperados y tristes con aquellas hipocondrias enemigas de la realidad, cuyo estudio se estimaba incompatible con los vuelos de la fantasía, que el mundo les parecía, ó decían que les parecía, rematadamente malo, y el amor liso y llano una vulgaridad, y la vida carga insopportable. Cundió la enfermedad á manera de sarampión literario: el más inofensivo y plácido de los atacados, á poco que le soplara la musa, riñaba su delirio en sublime invocación á *la luna*, ó en requiebros fúnebres á *la muerte*, señora de sus pensamientos, si es que no perpetraba algún *fragmento* incomprensible, con muchos puntos suspensivos, ó elegíacos lamentos, entre desengañados y eróticos, dirigidos *¡á ella!* en versos escritos para el album de alguna apreciable y honesta señorita.

Pero aquello pasó, como las erupciones infantiles. Convalecieron los enfermos, los tristes se fueron alegrando, los desesperados—con desesperación meramente literaria, por supuesto—se dieron á esperar, convencidos de que este pícaro mundo no deja de tener algo bueno; y aun-

que el pesimismo de Leopardi y de Schopenhauer, que ha tardado en propagarse, había ahondado más en los motivos que tiene el hombre para vivir mal humorado y displicente, ello es, que, cansado el pensamiento de vagar por los espacios imaginarios y avivadas la curiosidad y el ansia de investigaciones positivas en la naturaleza y en la historia, ha recibido tanto impulso el estudio de las ciencias físicas y naturales, al mismo tiempo que el de las ciencias históricas, y han realizado tales descubrimientos y aplicaciones tan útiles, que el gusto por la realidad han ido creciendo y dominando de manera, que no solamente nos hemos curado —los que los padecíamos— de los romanticismos de antaño, sino que se ha desarrollado tan decidida afición á la prosa—á la buena prosa se entiende,—que ya para que se lean y gusten versos es preciso que sean muy buenos y hase llegado á discutir con empeño entre los doctos si la forma poética está llamada á desaparecer. Lo cual no quiere decir que la poesía desaparezca del mundo. Pues como cantaba Becquer,

«Mientras el corazón y la cabeza
»batallando prosigan;
»mientras haya esperanzas y recuerdos
»habrá poesía.»

Es que ya no nos contentamos con la mera forma. Hartos de lucubraciones que se quiebran de puro sutiles, y cuyo mérito sólo consiste á veces en la combinación elegante de las frases y el sonido armonioso de las palabras, nos interesamos por lo que lleva algo substancial en su fondo; y al que realmente tiene cosas interesantes que decir le agradecemos que nos las diga, aunque sea en prosa, mucho más que sí, por empeñarse en hablar en verso, no acierta á decir las y se le quedan en el tintero.

Por eso, calmados aquellos entusiasmos juveniles, ahora nos recrea la lectura de escritos en que se demuestra, no sólo inteligencia y saber, sino hechos estudiados, datos curiosos y resultados prácticos importantes para el adelanto y bienestar de los pueblos y el más exacto conocimiento de su historia.

A esa clase de trabajos pertenecen las Memorias publicadas por el Sr. Churruca. No cabe en la índole de estos apuntes ni en la incompetencia de quien los escribe examinar la parte técnica; pero sí llamar la atención hacia las noticias que contienen y particularmente los Apéndices que acompañan á las de 1881 y 1889 relativos, el primero á los antecedentes históricos

de las obras de encauzamiento de la ría y mejora del puerto desde principios del siglo XVI hasta el año 1877, y el segundo á las proyectadas y ejecutadas desde que se constituyó la Junta de Obras hasta 1.^º de Julio de 1889.

Tiene el Nervión tan capital importancia para la villa, está tan íntimamente enlazado con su historia, que cuanto se refiere á las variaciones que han sufrido su curso y sus riberas, á la construcción de muelles y especialmente á las obras ejecutadas durante cerca de cuatro siglos en su tercio inferior, ó sea propiamente en la ría, para ahondar su canal, mejorar su desembocadura y hacer menos peligrosa y difícil la famosa barra, ofrece especial interés para los aficionados á este linaje de recuerdos y averiguaciones.

Las muy exactas y metódicas que contiene el Apéndice, á que me refiero, se remontan hasta fines del siglo XIII, cuando la que iba á ser villa de Bilbao, fundada por Don Diego López de Haro en el año 1300, reduciase á «una pequeña barriada enclavada en territorio de la anteiglesia de Begoña y dependiente de ella, compuesta de una iglesia consagrada al apostol Santiago, filial de la Santa María de la dicha anteiglesia,

la casa solariega llamada Zubialdea, varios molinos, una ferrería y algunas casillas de pescadores y venaqueros.»

Los comienzos, como se vé, no pudieron ser más humildes. Decíanlo ya, no obstante, el *puerto de Bilbao*, como expresó Don Diego en la carta-puebla, donde liberó á los buques, que fuesen á esa villa ó de ella salieran, de los derechos que cobraban los señores de la casa de Salazar, prebostes natos del que llamaba el de Haro «nuestro puerto de Portogalete.» Y tratando de estas antigüedades apunta el Sr. Churruga, como muy probable, la idea de que el nombre de *Bilbao* provenga de que, en aquellos tiempos remotos, no encauzada la ría y dilatándose en las pleamaras por todas las vegas de sus orillas, desde el actual paseo del Arenal hasta las marismas de Guecho, el precitado lugar de la fundación era donde se juntaban las aguas del río con las del mar, formando la verdadera desembocadura de aquél, llamándola *Bil-ibai ao*, ó *Bil-abo* («confluencia de aguas»), de donde acaso provino *Bilbó*, que es como los vascongados llaman á esa villa.

Los eruditos y filólogos podrán discutir las razones en que el autor funda tal indicación, digna

de tenerse en cuenta. Por mi parte, me limito á recordarla; porque en materia de etimologías abrigo siempre dudas y recelos desde que tuve un profesor de griego, peritísimo en aquel noble idioma, pero tan exclusivamente enamorado de él, que no había vocablo al que, añadiéndole, quitándole ó cambiándole alguna letra, con admirable buena fe, no le hiciera provenir de una raíz griega.

Lo cierto es que en aquellos tiempos, y aún mucho después, presentaba el río muy diferente aspecto del que ahora ofrece. Al salir de la villa formaba violenta curva, pasando al pié de la iglesia de Abando; pues el nuevo cauce rectilíneo frente al campo de *Bolantín* (y escribo este nombre así porque entiendo que su significación indica su etimología) no se abrió hasta el año de 1654, con objeto de librarse de inundaciones á la villa, por un ingeniero que se trajo de Flandes (y costó tanto la obra que se le puso por nombre «el río de la Plata»), quedando entre éste y el cauce antiguo la isleta de *Uribitarte*, que ha subsistido hasta 1870.

Desde Bilbao hasta el Desierto altos fondos ó *churros* y bancos formados en los ensanches correspondientes á las vegas de Abando y Deus-

to, de Erandio y Baracaldo dificultaban la navegación. Y en la parte comprendida entre el Desierto y Portugalete dilatábase la ría, no encauzada, desde las colinas de Ondiz y Lejona, hasta las de Sestao, bifurcándose su canal desde el bajo de *el Fraile*, en dos brazos, tortuosos y poco fondables, como que en baja mar solo había 2 y 3 pies de agua en mucha longitud, arrimado el uno á la margen izquierda, por la playa de Sestao y atravesando el otro la de Lamiazo, según se ve en el plano que levantó el ingeniero Moreau en el año 1731 y se conserva en el archivo del Consulado.

No es de extrañar si en tales condiciones «las naos, e navios e otras fustas (como se expresa un documento del siglo XVI) no podían entrar ni salir á la dicha villa de Bilbao ni bajar della sino con mucha dificultad e peligros de personas e faciendas» á los que había de agregar los de la barra y «los grandes inconvenientes e daños e pérdidas e muertes de gentes que—según decía otro documento de 1558—suelen subseder diversas veces á la salida y entrada de dicha barra, ansi á las naos tocantes al aviamento de las armadas Reales de S. M., como á las demás que navegan para otros muchos puertos destos

reinos como para Flandes e Inglaterra e Francia... por ser uno de los puertos más usado e continuado destos reinos».

El señor Churruga refiere ordenadamente con muchos pormenores y noticias interesantes, todas las obras que para encauzar la ría y mejorar la barra y el puerto realizó el *Consulado de Comercio* desde su creación en tiempo de los Reyes Católicos, hasta su extinción en 1844. Expone los sucesivos y constantes trabajos de construcción y reparación de los muelles de la desembocadura, por la parte de las *Arenas de Vizcaya* y desde el *solar* (la plaza) de Portugalete hasta enfrente del *Campo de Bilbao* (que se ha llamado después el *Campo Grande*), cuando la barra más arrimada á la costa del S. O., venía á estar donde en nuestros días la *Traviesa*; con noticias curiosas acerca de los contratos celebrados para la realización de las obras, coste de ellas y manera de hacerlas, y capitulaciones y arbitrios establecidos para reunir los fondos necesarios; la desviación del río de *Gresalzu*—hoy *Gobelas*—proyectada y realizada en el siglo XVI con el propósito—no logrado al fin—de darle salida al mar, «junto por las peñas de Gobela»; el notable informe que el Consulado redactó en 1630;

donde se contiene perfecta descripción del régimen de la barra y ría en aquellos veinte años, en que habían salido por la barra cuarenta galones fabricados en la ría por cuenta de S. M. y de particulares... y los mayores de ellos fueron de seiscientas hasta setecientas toneladas, y el menor de trescientas, sin que peligrase ninguno por falta de agua; pues la barra había tenido diez codos de agua (unos 20 pies, según calcula el Sr. Churruga) en mareas de creciente; la prolongación del muelle N. E. por lo que se ha llamado la *Mojijonera*; el valizamiento del bajo denominado el *Fraile* con un pilar de piedra sillar, que había de coronarse con «una cruz de fierro muy alta con bola y banderola de cobre dorado con las armas del Consulado»; la colocación y reparación de boyas para señalar la canal de la ría desde el Desierto á Portugalete; y el cuidado con que atendió aquella corporación á las exigencias de la guerra y defensa del puerto con la construcción de baterías en Portugalete, Campo Grande, Santurce, Ciérvana, Algorta, etcétera, (año 1685) y construyendo también y armando á su costa una fragata en el de 1691.

Entrado el siglo XVIII, son de notar los estudios y trabajos que en el citado Apéndice se

refieren, realizados en épocas sucesivas por el ingeniero jefe de las Plazas y Reales ejércitos Don Pedro Moreau (1731), el francés Basibey, *el presbítero* Zaylorda, y el ingeniero en jefe de S. M. Coronel Don Josef Crane, á quien se debe principalmente, á juicio del Sr. Churruga, el encauzamiento de la ría desde el Desierto hasta Portugalete y bajo cuya dirección se acometió la grande obra del muelle de la Benedicta y el correspondiente de la margen derecha (1753). En aquel siglo se fueron construyendo otros varios trozos de muelle: como el de 600 piés de largo en la margen izquierda de la ría antes de llegar á San Mamés (1724), los de la ribera de Deusto (1728) y el de encauzamiento de la margen derecha desde el paraje llamado la puerta Otoniana hasta el embarcadero del barco bajo el monte de Cabras (1759); el puente de Luchana (1760); y las obras que faltaban ejecutar desde el monte y cantera de Axpe hasta el muelle de piedra labrada de los arsenales de Guecho (1797).

Comprende la relación otras muchas noticias de interés, de las que tengo que prescindir; pero citaré, por lo vivamente que pinta las condiciones del puerto en aquella época, la de que, cons-